El verso de Anglada, siempre fluido, siempre fácil, asume en tres momentos de este libro, como oportunas apoyaturas en su conocido valor, expresiones de otros poetas, adecuadas a su propio decir. A la manera de Fray Luis, escribe «por mi mano, Señor, tengo plantado / a la ladera del amor el huerto»; becquerianamente llega con su dolor a solas y, volviendo al revés el verso de Aleixandre, ve «odios del tamaño del tigre».

Este libro, tal vez el mejor de Anglada, aparece en una nueva colección poética de volúmenes en cuarto y 120 páginas de extensión.

L. de L.

«Historias de Jacob», de Rafael León

El enfrentamiento fratricida de las primeras páginas del Génesis se repite en el vientre de Rebeca. Es como un estigma del género humano. Jehová señaló dos pueblos divididos en el seno de la mujer de Isaac. Jacob tiene que escapar de las iras de Esaú. La leyenda bíblica del desterrado y su sueño puede ser fuente para una poesía de la huida y del exilio. También la conquista del nombre *Israel* en el combate de Dios, da a este pasaje del antiguo testamento hondas sugerencias hacia la ansiosa necesidad de verdad. Ese clamante «Dime tu nombre» que Unamuno, recordando a Federico Guillermo Robertson, trae a su *Sentimiento trágico de la vida*.

No es la primera vez que un poeta parte de esa narración bíblica. Alguna zona de la poesía de Carmen Conde tiene semejante resonancia. Y, más concretamente, recuerdo ahora al cubano Samuel Feijoo y su extenso poema *Beth-el* en una búsqueda de paz interna, descifrando íntimamente la música del mundo en torno.

Otro camino sigue Rafael León en el cuaderno reciente y primorosamente editado[1] por ese poeta de las ediciones que es Angel Caffarena Such. Se trata de ocho poemas con forma regular, en cuatro estrofas de heptasílabos blancos. Leves apoyaturas temáticas son los versículos que cuentan del nacimiento a la muerte del fundador de las doce tribus, la venta de la primogenitura, el éxodo, el sueño, el cambio de las hijas de Labán, la contienda, la envidia contra el hijo preferido. Como queda implícito en lo anterior, no se trata de glosas, lo que llamaríamos poesía sobre la poesía, ni tampoco de un juego simbólico con propósito trascendente. El tema se hace más bien motivo estético en la poesía preciosista de Rafael León, con palabras de suave brillo y alguna imagen de expresiva energía. La tendencia culta crece —y también la originalidad, es cierto— al mezclar el sueño de Jacob sobre las piedras con el mito griego de Deucalión. También es original, aunque no de comprensión fácil, la doble alusión a la venta de José por sus hermanos y a una carmelita judía asesinada por el nazismo. En el poema titulado *Exilio* hay un toque de ternura humana que no existe, ni se intenta, en los otros. En cambio, el

[1] *Cuadernos de María Cristina.* Ediciones «El Guadalhorce». Málaga, 1961.

de mayor perfección poética me parece *Campamento*. La pelea con Dios llega a ser alianza, el hombre que se defiende acaba por pedir que sea Dios quien le defienda contra sí mismo, y el poema cobra oportunamente temblor místico, tomando prestado el «que voy de vuelo» del verso sanjuanista.

La edición, como ya se ha dicho, está realizada con exquisito gusto. Impresa en papel de hilo y con ejemplares numerados. Incluye tres ilustraciones, de gracia ingenua, hechas por la Duquesa de Alba. Y aparece inaugurando unos *Cuadernos de María Cristina* para poesía malagueña contemporánea en los que se anuncian poemas de Picasso, con dibujos de Cela, y de Souvirón, ilustrados con grabados antiguos. La poesía en la «ciudad del paraíso» tiene suerte.

L. de L.